

El símbolo de la independencia no tiene fronteras

Elite, 1952-07-26.

Plymouth es una ciudad de apenas 10.000 habitantes. Sin grandes problemas de tráfico, sin ruidos, sin prisas, es un pequeño paraíso verde sembrado de casitas rojas y blancas en los bordes de las espaciosas vías.

El día 4 de julio es de fervor nacional en los Estados Unidos. El día que vivió Plymouth es una especie de denominador común de cómo han celebrado su fiesta nacional de Independencia miles y miles de ciudades norteamericanas. Y lo que interesa recoger es el símbolo.

Algo de este querer decir de las cosas o de hechos simples tuvo para mí especial significado en el desfile. Siempre me han atraído los desfiles conmemorativos populares, porque es fácil recoger en ellos la orientación cultural y política de un grupo social o de un país. Los desfiles se visten siempre de un ropaje significativo inconfundible. Es difícil imaginar un desfile popular, y aun simplemente escolar, en Alemania y bajo el régimen de Hitler sin formación regular, uniformes y un paso ritmado de desfile militar. Y no concibo un desfile comunista en cualquier país sin consignas airadas, sin mencionar a la Unión Soviética y sin el mismo aire militar de las formaciones nazis o franquistas. Y en el desfile que presencié en Plymouth no vi más uniformes que los simbólicos de las fuerzas de tierra, mar y aire portando un estandarte que decía: "Nosotros luchamos por la Libertad, ahora oramos por la paz".

Sí vi tractores, segadoras; magníficos ejemplares de caballos de tiro, de vacas, desfilando pausadamente; camiones exhibiendo los diferentes productos agrícolas del país con anuncios de los progresos en las cosechas; el carro de los bomberos, de un rojo recién pulido, servido por bomberos voluntarios adornados con relucientes dorados; "cowboys" brillantes de color, representaciones juveniles de las diferentes escuelas industriales y agrícolas. Ningún aire marcial en las caras ni en los gestos, ninguna rigidez en las formaciones, nada que denotara ese alambre oculto que da prestancia inerte al maniquí. Hay algo admirable en ese espíritu de libertad e independencia consciente que advertí en este desfile conmemorativo de la Independencia en Plymouth.

Muchos de los países del centro y sur-América estuvieron presentes en este homenaje a la bandera del Norte. Venezuela, Honduras, Costa Rica, Colombia, Brasil, Guatemala, El Salvador, estuvieron representadas por alumnos del English Language Institute de la Universidad de Michigan entidad que organizó nuestro viaje a Plymouth. Este haz de banderas simbolizaba en el día de la Independencia americana un futuro promisor de hermandad y unidad de propósitos que agigantaban el significado de la efemérides conmemorada.

Este espíritu lo recogí mejor en el curso del contacto informal que tuvimos con el pueblo de Plymouth. Se interesaba por nuestros respectivos países y nuestros problemas. Estudiantes impacientes de porvenir, hombres preocupados por el curso agitado de la

vida internacional, ancianos que ya parecían vivir más en el pasado, tenían algunas preguntas sencillas y francas acerca de nuestras preocupaciones culturales, sociales y políticas. La prensa, la radio y otros vehículos de contacto han reducido las dimensiones geográficas a términos realmente sorprendentes. Y ellos respondían a las nuestras con cariñosa solicitud, con verdaderos deseos de transmitirnos un poco de ese espíritu abierto y realista que ha llevado tan lejos en el progreso a este país.

Después de la parada se celebró un mitin de controversia política en la plaza pública. Estaba anunciado el acto como parte del programa. En el camino nos abordó una anciana. Era una señora menuda, arrugada, de ojos vivos, que tendría unos 70 años. No redujimos el paso; tuvimos que acelerarlo. Llevaba un vestido de colores vivos y un sombrero blanco adornado con flores. Nos preguntó por nuestra nacionalidad y por la impresión que nos causó su pueblo. Esto les preocupa mucho. Quieren que uno se sienta como en su casa y que todo le resulte a uno agradable. El americano corriente tiene desarrollado un espíritu anfitrión que sube gradualmente desde los términos localistas hasta el más amplio de responsabilidad nacional hacia el visitante. La anciana nos habló con sencillez de su casa, de sus hijos, de sus nietos. Hasta nos dijo sus nombres. Después de desearnos muchas cosas agradables, la anciana se separó de nosotros para sentarse donde podía escuchar mejor a los oradores. En la tribuna, el introductor presentó a los líderes políticos: un republicano y un demócrata. Los dos fueron alternándose discutiendo problemas nacionales de actualidad. Los oyentes, sentados informalmente sobre la grama o en los bancos, fueron pidiendo la palabra y planteando problemas. Los dos adversarios políticos esgrimían sus argumentos en defensa de sus respectivos partidos. Aquella era una lección viva de democracia que no olvidaré nunca. Casi al final del mitin, cuando el introductor preguntó al público si había alguna pregunta más, se levantó una voz de niño preguntando algo. El introductor le pidió cortésmente que se acercara más a la tribuna para oír la pregunta. Entonces apareció la interlocutora: era la anciana dama que nos abordó antes. Caminó tranquilamente unos pocos pasos y repitió la pregunta. Yo calculé que sería en torno a algún problema social, respecto a algo que le tocara de cerca, como los reglamentos vigentes de ayuda a la vejez, por ejemplo. Pero no. Preguntó con voz clara y muy dignamente por qué el Presidente Truman se había extralimitado en sus funciones llegando a considerar como un estado de emergencia y adoptando una decisión arbitraria en el caso del acero. La pregunta iba dirigida al representante demócrata. Este explicó cortésmente la interpretación que él daba a este estado de emergencia e insistió en que el delicado caso requería esa decisión radical que tuvo que adoptar el Presidente. La anciana discutió valientemente su punto de vista: "No, no –terminó antes de sentarse– la situación no era tan grave como para adoptar una medida tan delicada". Yo no sé quién ganó, porque no soy ningún árbitro en estas cosas de la política americana; pero en el público quedó la impresión de que ganó la anciana dama que volvió pausadamente a su asiento repitiendo: "No, no..."

Esta es la actitud del americano medio: se siente parte de la responsabilidad nacional con un sentido de validez realmente notable. Esta anciana, que parece estar ya al margen de la vida agitada de la política y de los problemas nacionales, es una ciudadana que vigila con celo el respeto a sus derechos y al derecho de los demás. Es el primer espíritu que animó al General Eisenhower en su primer discurso de Abilene

cuando dijo refiriéndose al mismo caso de la decisión presidencial: "Los antepasados de la mayor parte de nosotros vinieron a este país huyendo de los 'derechos divinos' de los reyes".

Cuando terminó la discusión pública, yo quise llegar hasta la dama. Fue ella la que se adelantó a explicarme con más detalle en qué consistía a su juicio la irregular actitud del señor Presidente. "Usted es republicana, ¿verdad?" -le pregunté-. "No, yo soy demócrata; pero eso que ha hecho el Presidente no está bien"...

El día 5 de julio conmemoramos en Ann Arbor el día de Independencia de Venezuela. Fue una velada de confraternidad americana donde estuvo presente como un símbolo de Libertad y de Independencia de dimensiones universales la figura del Libertador. El sentimiento patriótico adquiere validez especial cuando uno se encuentra lejos de su tierra. Por eso tuvieron los joropos que se hallaron un aliento tan hondo de sentimiento, por eso tuvieron las notas del Himno Nacional vibraciones que estremecían la piel. El doctor De Sola habló en nombre de los venezolanos; Mr. Michalski y Mr. Anthony lo hicieron en nombre de la casa donde residimos y del Instituto respectivamente. En todos ellos había el propósito de exaltar la comunión de ideales en ese símbolo de voluntad de ser libres contenido en el significado del día de la Independencia, y el propósito de laborar para mantenerlo vivo en nuestros corazones, para hacernos merecedores de su conservación y disfrutar con espíritu de colaboración de sus beneficios.

Después vinieron "Los potes de José Andrés", "La burrita de Petare", "Adiós a Ocumare", "Fúlgida Luna" y otros mensajes de la tierra que entristecieron a más de uno...